

ha merecido bien de la patria, y la posteridad conservará religiosamente su memoria.

Nada extraño es que este hombre hallase simpatías en cierta clase del pueblo á la que predicaba el robo, el incendio y el saqueo; pero lo que repugna hasta de imaginar es que llegase á fanatizar á los Chénier y á los Fabre d' Eglantine.

Nada pinta mejor las rarezas de aquel tiempo que un discurso pronunciado en los funerales de Marat, que llevaba por epígrafe las siguientes palabras:

«Corazon de Jesus, corazon de Marat, los dos teneis igual derecho á nuestra veneracion.»

Comparaba el orador los trabajos del hijo de María con los del amigo del pueblo: los publicanos eran los tenderos y mercaderes, y los fariseos los aristócratas. «Jesus era un profeta, añadió el orador entusiasmado, Marat es un Dios!» Y llevando aun mas allá la semejanza, terminaba comparando la manceba de Marat con la madre de Jesucristo. «Esta salvó al niño Jesus en Egipto; aquella sustrajo al amigo del pueblo de la cuchilla de Lafayette.» Aunque este discurso mereció mil aplausos, hubo sin embargo quien lo impugnó: chocando al opositor semejante paralelo, dijo que «Marat no podia ser comparado con Jesus, porque este produjo la supersticion y defendió á los reyes, al paso que Marat tuvo valor para aterrarlos. Es locura hacer nunca mencion de ese Jesus: los republicanos no tienen mas Dios que la Filosofía y la Libertad!»

SUZETTE LABROUSSE.

LA célebre visionaria Clotilde-Suzette-Courcelles Labrousse nació el 8 de mayo de 1747 en la villa de Vauxains en Perigord, partido de Ribeirac, departamento del Dordoña Era de familia medianamente acomodada. Ya desde la edad de cuatro años sorprendieron su precoz inteligencia estas palabras grandiosas que sus padres le profirieron: «Dios está presente en todas partes; es el bienhechor universal y el remunerador de los buenos.» Sintióse como repentinamente inundada de torrentes de un amor cuyo objeto buscaba sin cesar en el cielo con la vista; y cuando la cansaba demasiado esta dilatada tension de la cabeza hácia el firmamento, metíase por entre los prados y se echaba sobre la yerba para contemplar cómodamente la morada del ser adorado. Derramó copiosas lágrimas sobre una representacion de Jesucristo que le hizo su madre. *Aspirábala con el alma, bebíala con los ojos*, y alucinada su imaginacion creía ver á Jesus que le volvía mirada por mirada y suspiro por suspiro. Desconsolábase por no haber vivido en el tiempo en que su presencia era sensible sobre la tierra, para adherirse con él, segun su modo de decir, *á pesar de todo y á pesar de todos*.

Empero ya no le bastó la sola imágen. Había visto un crucifijo en la alcoba de su madre, y á cada instante se introducía allí furtivamente, hasta que no pudiendo ya mas con-

tenerse se apoderó del pío simulacro , y lo puso junto á su cama á fin de tenerlo cerca de sí de día y de noche. Entonces, ¡qué celestes raptos, que santos transportes! qué copiosas lágrimas de sumo placer! *cuantas correspondencias inefables le hacia Jesucristo!* Como se dormía en suave quietud, y qué despertar tan embelesador! Algunas veces llegaba hasta arrojar piadosos gemidos y amorosos sollozos, que dejaban sorprendidos á todos los de la familia. Verificaba ella estas palabras del profeta: «Gustad del Señor, y vereis si se hallan en él perfectas felicidades!»

Enteramente entregada á su éxtasis infantil (no tenía mas que siete años), olvidaba á sus hermanos, hermanas, compañeras, estudios y diversiones. Por fin el cuidado de su madre la hizo descubrir la causa de este inesplicable retiro. Quitóle el crucifijo, riñóla mucho y la hizo pasar por las burlas y mofas de sus hermanos, que de continuo le echaban en cara sus devotos ejercicios.

Nada fué bastante para desalentarla: á defecto del signo visible de su naciente culto, repitió con mas ahinco sus vuelos de alma y sus celestes intuiciones. Ardía por unirse á Jesucristo. «Haced que me muera, decia, que podré iros á ver! Tomad, tomad la vida que me disteis, para que me halle mas pronto en vuestro seno: la muerte está en este mundo, la vida está junto á vos!»

Ocurrióle la idea de darse la muerte tragando arañas; y lo hubiera puesto en práctica si casualmente su madre, que enseñaba el catecismo á sus hijos, aquel mismo dia no hubiese explicado el quinto mandamiento de Dios, que prohíbe darse la muerte. Un rayo fué para ella que la hizo abandonar su proyecto, sin que nadie supiese cosa alguna.

Para ella era un tormento ocuparse de la compostura; subía al piso mas alto para llorar de dolor; hubiéra querido pisotear los adornos que debían darla realce, y envidiaba la suerte de los pobres que pedían limosna en las puertas. Cuando llegó á la edad de tomar la primera comunión, sintióse como abismada en un océano de felicidad con la idea de recibir á su Dios. Aterrada bajo el peso de tantas beatitudes, faltáronle las fuerzas, con una suma dificultad pudo

llegar hasta la mesa sagrada, y proferir con voz escasa estas dolientes palabras: «O Jesus, permaneced conmigo hasta que yo vaya á veros en el cielo!»

Ya habia algun tiempo que un sentimiento mas vivo y delicioso que nunca llevaba al colmo sus goces interiores; y el espíritu maligno, que siempre está pronto á tender sus lazos á la inocencia, se servía de los trece años de Suzette y de su lozana salud para sus pérfidas miras. Mientras, ay! se entregaba la adolescente con toda seguridad y con todo el candor de su alma á la dulzura de sus místicos enagenamientos, y que tan solo pensaba ceder á la suavidad de una santa y legítima efusion, la llama de los sentidos ejercía en ella tanto imperio de lo que era de pensar. Hacíalo ella con tal confianza, que no juzgó decir nada á su confesor; y tan solo como accidentalmente y sin pensar mal, soltó sencillamente algunas palabras que hicieron abrir á este los ojos, y le descubrieron el misterio.

Mas ¿quién hubiera tenido valor para hallarla culpable con tan cándida buena fé?

Parecióle un dia á Suzette que recibía de Jesucristo la mas suave y tierna invitacion que jamás le hubiese hecho para que se entregara á él enteramente. Echóse de rodillas y exclamó: «Hablad, Señor, ¿qué mas exigís de mí? pues soy toda vuestra.» Y le fué respondido: «Abandona la casa de tus padres; anda por el mundo en clase de desconocida y mendiga, porque yo quiero por medio de una jóven sencilla reducir á los grandes del mundo y remediar los males de mi iglesia.»

Desconfió sin embargo, y aun trató de combatir esta impresion; pero por mas que hizo, volvió siempre á sentir la misma voz hasta en el mayor silencio de su imaginacion. En vano se decia á sí misma: ¿Mas, que puede hacer una jóven sola en medio de los caminos y de las grandes ciudades? ¿Acaso no espondré la religion á ser ridiculizada en su persona? Y Jesus respondia: «Supuesto que yo te protejo; ¿que puedes temer? de tu misma debilidad haré yo que salga mi omnipotencia. Te prometo una fuerza superior á todos los peligros, y unos tesoros de delicia, que aun en medio de las mayores

aflicciones, serán preferibles á todas las felicidades del mundo.»

Continuamente asedió á Suzette la misma obsesion, sin que viéra ya mas gloria que la que disfrutára el dia en que se marcharia sola, sin recursos y espuesta á toda clase de peligros, para predicar la reforma.

Por otra parte, no la evanecia su mision, pues se consideraba como el instrumento de la voluntad de Dios.

Así que, hacia una vida de abstinencia y mortificacion que no hubiera podido sobrellevar otra persona de físico menos robusto que el suyo. Llevaba cintos de agudas puntas, acostábase en invierno sobre el suelo, mezclaba ceniza y hollin en los alimentos que le gustaban demasiado, y se castigaba el olfato respirando olores fétidos. Dejó la música á la que era muy aficionada, y se cortó los cabellos, que tenia hermosísimos, para no tener que sujetarse á esos andamios de tocados de moda. Incomodáronse contra ella sus padres, y le quitaron los libros de devocion; pero nada pudo con ella, ni los sarcasmos que todos la hacian, ni las amargas críticas del mundo. «Con tal que me dejen libre el corazon, decia todos los dias dirigiéndose á Dios, vos no perderéis nada, señor; y ciertamente tendrán que arrancármelo para que me separe de vos.»

Sin embargo pudo conseguir que la dejáran comulgar mas á menudo, cuya nueva gracia la colmó de gratitud y expansion; hubiera dado la vida por una comunion, y *hubiera devorado el mismo crucifijo*. La vista de una iglesia, el sonido de una campana, en una palabra, todo cuanto tenia relacion con Jesucristo, absorvia todas las facultades de su alma y le causaba tales emociones que se figuraba tener el cielo con las manos. Su alcoba le pareció un paraiso cuando tuvo un crucifijo de su pertenencia. En ella todo, hasta la postura que tomaba al acostarse, llevaba el carácter de un acto religioso.

Ya contaba diez y seis años, y sus tias querian darla á conocer en la bella sociedad. Aunque era algo bizca (1), sus

(1) Diario profético de Pontard, pág. 45.

frescos colores y sus gracias inspiraron amor á un jóven dotado de todos los dotes corporales unidos á una inmensa fortuna. Era sumamente devoto, lo que hacia pensar que Suzette corresponderia á su pasion; ella *veia en él la felicidad*, y, á seguir su inclinacion, hubiérase decidido, mas habló con mas fuerza la voz interior que le impuso imperiosamente el deber de no faltar á la gran mision á que era llamada.

Resistió pues á todos los alhagos del amor; armóse de inmutable firmeza y logró triunfar de las mas seductoras instancias, con sumo disgusto de su familia, que deseaba con empeño aquel enlace. A los diez y nueve años tomó Suzette, sin que pudiéran disuadirla sus parientes, el tosco hábito de San Francisco, de la orden de *las Terceras*, despreciando todas las mofas con que la llenaban, *las que la inmutaban tan poco como los movimientos de los insectos que pisamos sin echarlo de ver*.

Sucedió que aquel hábito realzaba, con su misma tosquedad, el brillo natural de su hermosura; y al saberlo fué para ella un motivo de desconsuelo. ¿Qué será de ella en su peregrinacion si el hábito que consideraba como su salvaguardia *se convierte en nuevo peligro que vencer?* Deseaba que en lugar de los rosados colores que la animaban le saliesen arrugas y cicatrices; y para conseguirlo, de noche se aplicaba cal viva en el rostro. ¡Vanas tentativas! ninguna alteracion sufrió su tez, antes se conservó toda su delicadeza.

La inestinguible idea de la romería que debia emprender para predicar la propaganda y convertir el género humano, siempre mas la atormentaba, y era el fin de todos sus afanes y el objeto único de sus pensamientos, habiéndose arraigado en su alma cual planta sembrada por la mano de Dios. Pero sus superiores le negaban su autorizacion y condenaban altamente la extravagancia de semejante proyecto, *que por mas empeño que hubiese en quererlo ahogar, sobrenadaba á pesar de los reveses y contradicciones*. Escribió á la sazón la historia de su vida, y la dirigió á M. de Flamarens, obispo de Perigueux; el cual eludió sus instancias, y la encaminó tambien infructuosamente á M. de Beaumont arzobispo de Paris.

Habiendo ya cumplido treinta y dos años hizo conocimien-

to en Vauxains con el prior de la Cartuja de Vaclair, Dom Gerle, quien hizo lectura de aquel escrito. Ella le pronosticó (en 1779) que seria llamado á formar parte de asambleas generales y que serviria de testimonio por lo que á ella tenia relacion. Produjo en este eclesiástico la mas profunda impresion, y tuvieron una larga correspondencia. Atestigua el obispo Pontard que ella hablaba del *útil sacudimiento que debia operar la revolucion*, cual si ya la hubiese visto llegar (1). Predecia claramente la destruccion de las órdenes religiosas y de los títulos, la igualdad en Francia, la abolicion de la nobleza y el despojo del clero (2).

En 1785 escribia á los señores Chaminade: «Se lo digo á Vds. y se lo repito, pidan á Dios un remedio pronto y breve que despierte y cure la tierra; levanten sus ojos y corazones al cielo en pro de todas las naciones, y dediquen toda su vida, cual yo la mia, á clamar perpetuamente por su conversion.... Ponemos á la tierra en el lugar del cielo, y á nosotros mismos en lugar de Dios, etc.» (3)

Veíase, añade el obispo Pontard, una teología mas sana en los escritos de una jóven sencilla, criada en un lugar oscuro, sin estudios, sin lectura y sin directores, que en las obras mas sublimes de los ministros no conformistas. «Ella hará renacer el verdadero espíritu de la iglesia, tan desfigurado por las cavilidades escolásticas; solo el evangelio servirá al clero de código; quiéralo Roma ó no lo quiera, ella se encargará de anunciarlo al papa, y si se niega á ello le inducirá, ó bien le atemorizará con un *signo* que dará á conocer á todas las naciones la ceguedad de la Santa Sede. La iglesia volverá á su verdad primitiva, y todas las sillas tanto la romana como las episcopales, van á desplomarse el dia mas impensado. Dios no quiere ya tolerar este coloso que ha sido el espanto de las naciones; el pueblo se elegirá sus obispos insiguiendo la máxima de los primeros concilios: *eligat regendus*. Y por la mediacion oscura de una aldeana estingui-

(1) *Compendio de la vida de Suzette Labrousse*, pag. 60.

(2) *Diario profético*, pag. 81.

(3) *Idem*.

rá el cielo por última vez las reliquias de humano poder que el papa aun conserva, y confundirá esos pastores que, semejantes á los fariseos que tergiversaban con sus falsas doctrinas las leyes de Moisés, se han propuesto alterar la pureza de las máximas evangélicas (1).»

Llegaron por fin los grandes sucesos que desde tanto tiempo zumbaban y se revolvian en su inteligencia, y estalló la revolucion. Contra toda expectativa, vióse llamado á los estados generales Dom Gerle, religioso enterrado en vida y como olvidado en una cartuja habia ya mas de veinte años, á pesar de no haber sido nombrado mas que tercer suplente en las elecciones, habiendo hecho dimision el diputado y los dos primeros suplentes, bien sea por temor ó por enfermedad; y aun hay mas, habiendo creído Dom Gerle deber consultar al general de la orden, recibió primero una carta en que le autorizaba para aceptar la diputacion; pero escribióle otra en retractacion de aquella, y sin que se sepa por que reunion de circunstancias, sufrió esta carta un retardo y no llegó á manos de Dom Gerle hasta despues de su instalacion.

El venerable obispo Pontard no puede menos que ver en ello *el dedo de Dios* y su eficaz mediacion para el cumplimiento de las profecías. Aun faltaba el *testimonio* de Dom Gerle en la tribuna para la completa ejecucion del pronóstico en lo que á él concernia; y con peligro de pasar por ridículo ante una asamblea tan imponente, constituyéndose el apolo-gista de los delirios de una muger que pasaba por demente desde la edad de doce años, pidió la palabra con el fin de explicarse y fijar la opinion pública relativamente á unos impresos que circulaban por Paris sobre *una persona* á quien se atribuian predicciones, y en que se hacia mencion de él.

Efectivamente, suscitáronse murmullos, y se pidió que se pasase á la orden del dia; pero la asamblea decidió que fuese oido Dom Gerle, quien habló en estos términos. «Hay en el Perigord una jóven llamada Suzette Labrousse, la cual habia anunciado á muchos sugetos la presente revolucion; hace once años que á mí me comunicó una obra en que predecia la

(1) *Idem*.

convocacion de la asamblea nacional, la anulacion de los votos monásticos, la reforma de los abusos, el llamamiento del clero á su primitiva pureza, y *la federacion de todos los pueblos de la tierra para no formar mas que un solo pueblo de hermanos*. Estas predicciones fueron comunicadas á su tiempo al obispo de Perigord. La asamblea nacional ha sido reunida... ha tenido efecto la anulacion de los votos...» Aumentáronse los susurros, en términos que no pudo proseguir el buen religioso, y la asamblea pasó á la orden del día (1).

Entonces creyó Suzette Labrousse que habia llegado el tiempo de poner en ejecucion su proyectada romería, pero antes quiso someterlo al examen de una asamblea de obispos en Paris, limitándose en pedirles, no su consentimiento, sino su *no oposicion*, y declarando que renunciaria á su proyecto si ellos se lo mandasen terminantemente (2).

El 19 de febrero de 1792 deliberaron los obispos en número de ocho: nombráronse comisionados para que informáran sobre el particular, y uno solo de los ocho asistentes reprobó el plan, declarando los siete restantes que no se oponian á él.

Esto bastó para que ella se pusiese en camino en la noche del 28 al 29 del mismo mes. Manifestó la víspera suma satisfaccion, anunció á su criada que pronto serian dichosos todos los hombres, y que en aquella misma semana saldria ella para hacer un viage que duraria un año, regresando en seguida á Vauxains; alabóle su fidelidad y la exortó á que prosiguiese como hasta allí. Mandóla acostar hácia las diez, siendo asi que ella solia irse á la cama antes que su criada; y curiosa esta por saber que miras llevaba su ama, hizo por no dormirse, y vióla efectivamente pasar muchas veces por su cuarto de puntitas y luego tapujarse con un nuevo traje. Imaginaba la criada que tan solo se probaba aquel vestido para ver que tal le iba, y como estuviese Suzette mas de una hora en componerse, quedóse aquella por fin dormida. Dispertó hácia las tres de la madrugada, y no viendo luz alguna, corrió há-

(1) *Monitor*, 1790, núm. 165.

(2) *Diario profético*, pág. 81.

cia la cama de su ama y ya no la encontró. Echó entonces á gritar y llorar, buscó y llamó en todas partes; pero nadie le respondia, hasta que llegando los vecinos, siguieron las huellas de la viagera, y por ellas conocieron que se habia marchado á pie descalzo; llegaron hasta un monte tallar, donde observaron que ya no habia seguido los caminos trillados para que se perdiese su rastro y no se supiese que direccion habia tomado.

Dejó escritas varias cartas en que decia que se la considerase como si ya no existiese en este mundo. «Quiero marcharme esta noche, añadia, aunque lloviesen ruedas de molino. Manteneos firmes, por mas que yo muera de un modo infeliz, y por mas que se os diga que yo apostaté. Apoyad á mi hermano, y decidle que ha sido tal el imperio del movimiento interno que me afecta, que he tenido que vencer todos los sentimientos que por él me inspiraba la naturaleza.» Dice ademas que su partida es para ella la época de la felicidad suprema: Es el principio de las grandes obras de Dios, *el señal de la vuelta de los Judios y de la conversion de todos los pueblos del mundo*. Considérase á sí misma como una víctima universal.

Observóse que aquel mismo dia 28 de febrero fué señalado con sucesos de la mayor importancia. Murió uno de los mayores potentados de Europa. Condenóse á un ministro que tenia en sus manos la suerte del imperio, se le condujo á Orleans, se le inventariaron todos los papeles é interceptaron su correspondencia. Subieron los fondos públicos. Mudóse el ministerio español. El rey de Prusia cayó gravemente enfermo. Fué detenido el rey de Suecia. En el *Diario de la calle de Chartres*, núm. 65, se insertó una carta de Hamburgo en que se anuncia que *se están batiendo en Prusia y en Suecia, que todo el Norte va cogiendo el mal francés... los reyes deben darse prisa en reinar!* etc. (1).

Ya se habian propagado las profecias de Suzette. Cuando estuvieron convocados los estados generales, abolidas las órdenes monásticas y despojado el clero de sus bienes; cuando

(1) *Diario profético*, pág. 39.

se vió declarada la guerra á tantos abusos y preocupaciones, todos los ánimos se inclinaron ansiosos á referir estos sucesos á sus predicciones, y todos anhelaban ver los resultados y el término de una revolucion que inspiraba tan profunda admiracion. Acudian de todas partes del reino en tropel á su casa los fanáticos, y hasta del estrangero venian espresamente para verla (1). *Ella á todos respondia con discrecion, y todos volvian sorprendidos y respetuosos.* (2) «Lo que aun añade á esta celebridad, continua el mismo Dom Gerle, es el arte feliz que posee de curar los enfermos; pero como se vale del magnetismo, suponiendo que es un don comun á todos los hombres, hay muchos que la condenan porque opinan que con ello usa de medios reprobados. No puede uno menos que llenarse de admiracion cuando se comparan las operaciones de la asamblea nacional con las predicciones de esta virtuosa jóven, la cual dice que la asamblea *hace cosas excelentes, y que marcha como si hubiese leido en su alma y como si ella le hubiese comunicado sus ideas.* Sus escritos que yo copié hace mas de diez años y comuniqué al general de mi órden, anunciaron la humillacion de los grandes de la tierra y la reunion de todas las naciones del mundo para no formar mas que una misma familia y un pueblo de hermanos.»

En 17 de febrero de 1790 el cura Grivet, misionario, escribió á su padre lo siguiente: «La señorita Labrousse recibe cartas y personas de distincion y de todas clases de todos los ángulos del reino, y particularmente de Paris; de M. Cicé, guardasellos; de todos los diputados de nuestro partido, de otros muchos que no lo son y en especial de los del estado eclesiástico. Escribenle que la comision eclesiástica se ocupa en leer sus escritos, y que á lo menos la tercera parte de la asamblea está anhelando por conocerla. Si se presenta es de esperar que hablará con extraordinaria firmeza, serenidad y facilidad.

Hé aquí algunas predicciones suyas tituladas: *Enigmas empeizados en 1766*, que son de sumo interés.

(1) Vide la nota del fin.

(2) Vide *Renseignements donnés au public*, par Dom Gerle, pag. 5

La Francia será el centro de grandes acontecimientos y como la cuna de los felices triunfos; mi provincia como el santuario, y mi parroquia como el santo de los santos.

La conclusion será un suceso que arrancará á los mortales infinitos ayes y exclamaciones. Por lo que á mí toca, no digo mas sino que seré como una luciérnaga que al aproximarse la aurora se retira á su escondrijo.

El gefe de la iglesia ya no tendrá jurisdiccion alguna temporal, y dejará de ser como hasta aquí un mónstruo que ha devorado infinidad de pueblos (1).

Y si se cree que esto no podrá tener lugar sino por medios violentos, contra la voluntad ó el derecho de gentes, yo declaro que todo se hará en virtud de un sentimiento íntimo, esto es, en virtud de la sola fuerza que les hará su propia conciencia, y con entera satisfaccion de su alma.

Para saber de que modo se ha de obrar, no es menester ser sabio, pues basta ser bueno.

Todo hombre revestido de la autoridad soberana, que quiera ingerirse en la grande y numerosa familia de Francia, y que en consecuencia, se mueva de su lugar, se hallará entre dos fuegos y se espondrá, como lo han hecho ya tantos, á la punta afilada.

Inflamemos sin tardar todos nuestros corazones para reedificar un nuevo cuerpo al Ser Supremo lleno de esplendor.

Ya llegó el tiempo en que es menester que se haga toda justicia.

No resultará mas destruccion que la de las preocupaciones y de la causa de los males que inundan toda la tierra.

Pondráse especial esmero en hacer que toda la Francia abunde de frutos.

Si se difiere el secundar mis miras, tendrá lugar una *sangría cruel*.

Los obispos de la asamblea constituyente le escribieron la siguiente carta: «Señorita, la confianza que inspiran en vuestras virtudes y en vuestras luces varias cartas que aquí he-

(1) Montesquieu en sus *Cartas persianas*, anunció que ya no habria papa en 1830.